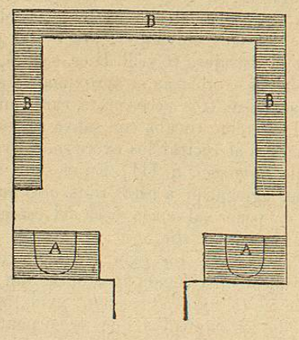
vados para prestarse á la celebración de los santos misterios. Estas criptas, según una conjetura del P. Marchi estaban destinadas á la instrucción de los catecúmenos: se componían ordinariamente de dos salas de tal modo dispuestas, que en ellas pudiera observarse la separación de los dos sexos: tenían cátedras para los catequistas, y bancos tallados en la toba para los oyentes.

Aquella cuyo plano damos á continuación, según el P. Marchi (tav. XVII), estaba destinada á la instrucción de las mujeres. El sabio jesuíta ve la prueba de su aserto en la presencia de dos asientos (A A), uno para el catequista, otro para un sacerdote ó un diácono que la prudencia de la Iglesia había colo-



cado allí como vigilante, á fin de poner á cubierto de toda sospecha el honor sacerdotal. Las salas dedicadas á la instrucción de los hombres, no tenían más que una cátedra. Los bancos donde se sentaban los catecúmenos, existen alrededor de la sala y están marcados en el plano por B, B, B. (Véase también la la figura del artículo *Cripta*.)

Más tarde, las enseñanzas que precedían al bautismo se daban en una pieza dependiente de las basílicas, la cual recibió el nombre de *catechumeneum* (Holstein. *Not. in act. SS. Perpet. et Felicit.*, § II, *edit. Veron.*, pág. 89).

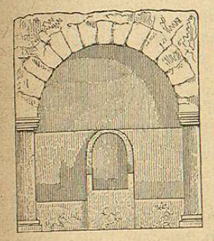
El estado del catecumenado se halla á veces mencionado en las inscripciones fúnebres de los primeros cristianos. Marangoni (*Act. S. Vict.*, pág. 74) da la de una catecúmena muerta á los cuatro años, llamada Onésima: **ANEAYCATO ONHCYMH KATH || XOYMENH EIPHNH.....** *Quievit Onesime catechumena in pace.*

III. La duración ordinaria del catecumenado era de dos años, según el canon XLII del Concilio de Elvira. El Concilio establece en él, sin embargo, una condición: *Si bonæ fuerint conversationis*, «si el sujeto es de una vida honesta». Y en efecto, la duración del catecumenado se prolongó para aquellos que habían ejercido profesiones que los unían especialmente á los ritos del paganismo, y para las personas culpables de grandes crímenes. Así, era de tres años para los flámines (Ibid., can. IV), advirtiendo todavía que se hubiesen abstenido de sus sacrificios durante ese espacio de tiempo. En el canon XI del mismo concilio, el bautismo se aplazaba por cinco años á la mujer que, siendo catecúmena, hubiera contraído matrimonio con un hombre separado, sin razón, de su mujer legítima. Por último, el canon LXVIII lo retarda hasta la muerte á toda mujer que, durante su catecumenado, se hubiese hecho culpable de idolatría ó de aborto.

CÁTEDRA.—I. La cátedra, *cathedra*, es el sitio donde, desde el origen de la Iglesia, el obispo se sienta para presidir la reunión de los fieles y dirigirles la palabra de Dios, para conferir las sagradas órdenes, y consagrar los obispos; es el principal símbolo de la autoridad episcopal.

1.° La más antigua y la más venerable de todas las cátedras es aquella donde se sentaba San Pedro, para enseñar, en la casa del senador Pudente. Este monumento, que desde hace diez y ocho siglos es objeto de la veneración del mundo entero, está colocado en el fondo del ábside de San Pedro en el Vaticano, encima del trono del Soberano Pontífice, y sostenido por las colosales estatuas de los cuatro grandes doctores de la Iglesia, San Ambrosio, San Agustín, San Atanasio y San Crisóstomo. Esta cátedra tiene la forma de las sillas curules de los antiguos Romanos; es de madera adornada con embutidos de marfil, representando los trabajos de Hércules: esto da lugar á la duda entre la opinión que supone que Pudente ofreció al Príncipe de los Apóstoles un asiento profano, probablemente el sillón *gestatorio* que usaba él mismo, y la que supone que este mismo senador habría mandado hacer uno para este sagrado objeto, opinión bastante poco cierta; pero en esta última suposición, los dibujos de que está adornado tendrían un sentido simbólico, y aludirían á los trabajos de San Pedro, así como á las numerosas victorias por él conseguidas sobre las divinidades del paganismo (véase Foggini. *De Romano itin. Petri et episcopatu*, pág. 162.—Cf. Cortesii. *De Roman. itin. gestisque principis apostolor. Append. Monum.*, c. III). A menos que, como lo ha hecho últimamente M. De'Rossi, después de haber examinado el monumento expuesto con motivo de las fiestas de San Pedro y de San Pablo, á menos que, repetimos, no se admita que esos embutidos de marfil fueron agregados con posterioridad, y sin otra intención que la de embellecer la cátedra. San Silvestre está representado en el antiguo mosaico de San Juan de Letrán, sentado en un sillón que Ciampini asegura ser de la forma del de San Pedro (*De sacr. ædif.*, p. II, tab. II, n. 7). Un gran número de martirologios antiguos mencionan la fiesta de la cátedra de San Pedro en Antioquía (Bolland. *Ad. diem febr.* 22) y en Roma (Baron. *Not. ad martyrol. Rom.* 18 *janv.*). Pero está demostrado hoy día, que las dos fiestas se celebraban en Roma y conmemoraban los dos viajes del Apóstol (véase el artículo *Fiestas fijas*, II, 2).

2.° En la mayor parte de las criptas de las catacumbas se nota en el fondo del ábside un asiento tallado en la toba, que no es otro que la cátedra del pontífice (Marchi. *Monum. delle arti Crist.*, tab. XXXV-XXXVII, *et alibi*).

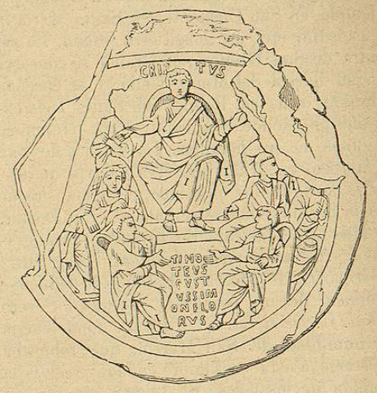


Una capilla del cementerio de Santa Inés tiene dos (Bottari, tab. CXXXVIII): se supone que uno de los dos estaba, quizás, destinado á los obispos que se hallaban de paso en la Ciudad Eterna, cuando asistían á las *sinaxis*, ó bien el asiento de un antiguo Papa conservado por respeto á su memoria; pero nos parece más probable que estaba preparado para la instalación de los obispos en la ceremonia de su consagración, porque sabemos, según el *Liber Pontificalis* (*In Joan.*, III), que hasta la época de Juan III, que vivía en la segunda mitad del siglo VI, la costumbre se había reducido á consagrar los obispos en las catacumbas.

M. Perret trae (*Catac.*, V, pl. XXII) una piedra sepulcral en la que se encuentra groseramente trazada la figura de un obispo ó de un sacerdote sentado en una de estas cátedras, de una sencillez por todo extremo primitiva, y extendiendo la mano en señal de alocución hácia una mujer que está de pie, y una oveja, que son, sin duda, aquélla la representación abreviada, pero natural, ésta la expresión simbólica del auditorio (véase el artículo *Cordero*). Dos vasos publicados por el P. Garrucci (*Vetri ornati di fig. in oro*, tav. XVI, 4 y 6), representan también un personaje sentado en una de estas cátedras, que parece usar de la palabra. Se han encontrado cátedras episcopales en otros cementerios, fuera de los de Roma, en Chiusi en Toscana, por ejemplo (Cavedoni. *Cimit. Chius.*, pág. 20). Una de éstas tiene á los lados dos asientos sacerdotales en forma de capiteles.

3.° Se encuentran en ciertas encrucijadas de esos mismos cementerios asientos muy semejantes, pero cuya posición no permite atribuirles el mismo uso. El P. Marchi (páginas 186-190) arriesga la suposición de que han podido servir para administrar la confesión sacramental; pero M. Cavedoni considera como más admisible (*Ragguaglio critico*, pág. 9) la de que estaban destinados á las diaconisas que varios frescos nos presentan sentadas en análogos asientos. A nuestra vista tenemos una atribución poco exacta (véase el artículo *Exomologesis*, III, en el que la cuestión está examinada bajo el punto de vista de la confesión sacramental).

4.° Dios Padre, recibiendo los dones de Abel y de Caín (véase el artículo *Abel* y *Caín*),



la Santa Virgen, en el asunto tan frecuentemente reproducido de la adoración de los Magos (véase este artículo), están sentados en sillones de la forma de las cátedras episcopales; también existen en los que se ven en un antiguo mosaico (Ciamp. *Vet. mon.*, II, tab. XLI), detrás de siete ancianos que ofrecen también al Redentor coronas de oro, conforme al texto del Apocalipsis (cap. IV). Pero nada puede dar una idea tan clara, como un fondo de copa antigua publicado hace poco por el P. Garrucci (*Vetri in oro*, tav. XVIII, 4), donde se ve á Nuestro Señor sentado en una cátedra con *suppedaneum*, en medio de ocho mártires que ocupan cátedras colocadas *in plano*. Rreproducimos aquí este notable monumento.

5.° Había también en las criptas cátedras movibles, como lo prueba aquella sobre la cual fué martirizado el Papa San Esteban: esta preciosa cátedra fué sacada de las catacumbas de San Sebastián por Inocencio XII, que la regaló al gran duque Cosme III.

6.° Después de las persecuciones, y en las basílicas construídas *sub dio*, se conservó el uso litúrgico de la cátedra episcopal en el fondo del ábside. En un principio sólo se elevó una grada sobre los asientos que existían á ambos lados del hemiciclo, con objeto de recibir á los sacerdotes, llamados por este motivo *sacerdotes del segundo trono* (Euseb. *Hist. eccl.*, VI, 5), ó del *segundo orden* (Augustin. *In psalm.* CXXVI). Esta elevación del obispo en el santo lugar está también descrita por Prudencio (*Peristeph. hymn.*, 235);

Fronte sub adversa gradibus sublime tribunal
Tollitur, antistes prædicat unde Deum.

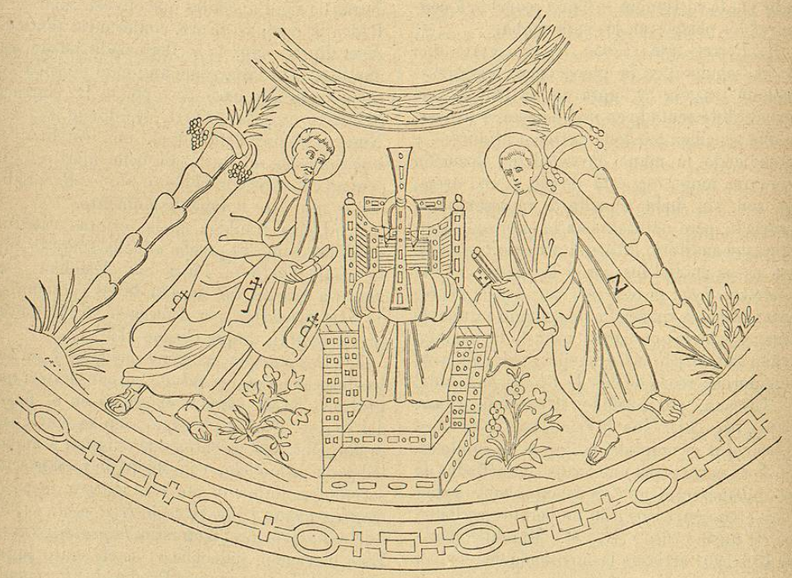
«En el fondo del ábside se levanta por gradas un tribunal, y desde allí el prelado predica á Dios.»

Estas cátedras, ordinariamente de mármol, eran con frecuencia sacadas de las termas, donde se encontraban en considerable número; había 600 en las de Antonino (Mont faucon. *Iter. Ital.*, pág. 137). Varias de las que todavía se encuentran hoy en Roma, por ejemplo, en San Clemente, en Santa María in Cosmedin, etc., no tienen otro origen. La cátedra de San Gregorio el Grande se conserva en su iglesia del Monte Celio, y se enseñan algunas otras en Roma y en Santa Inés extramuros, donde este santo Papa pronunció algunas de sus homilías. La basílica de San Ambrosio en Milán conserva todavía una cátedra antigua que plausible tradición supone ser la misma donde se sentaba el gran Doctor.

Más tarde, las cátedras tuvieron varias gradas y fueron llamadas *gradatæ* (Augustin., *epist.* CCIII. *Ad Maxim.*). Esto puede deducirse también de un pasaje de Sulpicio Severo (*Dial.* II. *De virtut. S. Martini*), donde elogia la humildad de San Martín, que rehusaba prestarse á esta costumbre cuando presidía la reunión de los fieles. Se ve una cátedra con cinco gradas, sin contar la plataforma, en la decoración de un *arcosolium* del cementerio de San Hermes, que representa un pontífice confiriendo las sagradas órdenes (Aringhi, II, 325, y nuestro artículo *Ordenación*). Pero los monumentos de más remota antigüedad ofrecen, por el contrario, las cátedras completamente *in plano*, como, por ejemplo, aquella en que se sienta un pontífice que da (al menos así se ha supuesto con bastante fundamento) el velo á una virgen cristiana, en el cementerio de Santa Priscila (Bott., tav. CLXXX, y nuestro artículo *Vírgenes cristianas*).

7.° Dos cátedras episcopales, colocadas en dos nichos, entre las cuales se encuentra una tabla que sostiene el libro de los Evangelios, abierto, han sido empleadas alguna vez como representación jeroglífica de un concilio. Un ejemplo de ello tenemos en un mosaico del bautisterio de Rávena (véase Ciampini. *Vet. mon.* I, tav. XXXVII, y nuestro artículo *Concilios*).

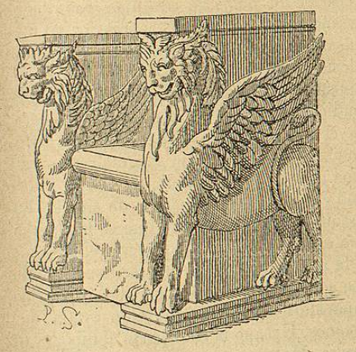
8.° La iglesia de *Santa María della Mentorella*, en el Lacio, posee un monumento de un interés y de una significación siempre excepcional: es un bronce antiguo, dorado, en el que, en medio de los doce Apóstoles en busto, está esculpida una cátedra sobre la cual descansa un libro abierto, que sin duda alguna ocupa el sitio de Nuestro Señor, porque encima de este mismo asiento aparece figurada una puerta cerca de la cual se ve un cordero estauróforo, con esta leyenda: *Ego sum ostium, et ovile ovium* (véase Lupi. *Dissert. e Lett.*, pág. 262), «yo soy la puerta y el redil de las ovejas.»



Una cruz colocada sobre un trono era alguna vez empleada también como personificación del Salvador. Esto es lo que vemos en un mosaico del siglo VI, en la iglesia de Santa María in Cosmedin, en Rávena. A los lados de este asiento se encuentran de pie San Pedro y San Pablo, que presentan al divino Maestro, figurado bajo el emblema de la cruz, adornada de piedras preciosas, el uno su llave, el otro el libro de sus epístolas. El dibujo está tomado de Ciampini (*Vet. monim.*, II, tab. XXIII). (Véase la figura anterior.)

9.° Severano encontró en el mausoleo de Santa Elena (Bosio, *Roma sott.*, pág. 327) un fragmento de mármol antiguo en el cual estaba esculpida una cátedra episcopal de forma completamente primitiva, con una cortina de franjas, recogida á cada lado por medio de un nudo. Sabemos, según el testimonio de los Padres, que había en la antigüedad cristiana cátedras veladas, *cathedræ velatæ*, como las llama en particular San Agustín (*Epist. ad Maxim.*, CCIV.—Cf. Baron. *Not. ad martyrol.*). Aunque estos escritores no se explican con claridad en este asunto, debemos creer que estos velos se unían delante de la cátedra, como señal de respeto, cuando el obispo no la ocupaba. Este curioso monumento ofrece otra circunstancia interesante: tal es la de que el dosel de la cátedra está coronado de una paloma aureolada, que significaba la presencia del Espíritu Santo, casi como la que se representa junto al oído de San Gregorio el Grande, y que se llama *paloma inspiradora* (véase Aringhi., II, 667).

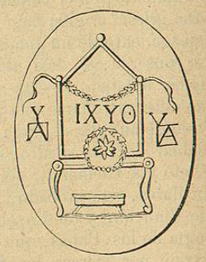
II. Las cátedras episcopales estaban con frecuencia decoradas con adornos simbólicos, por ejemplo, dos cabezas de león, símbolo de la fuerza y de la vigilancia, virtudes esenciales á un obispo (véase Marangoni. *Delle cose gentilesche.....*, c. LXVIII); dos cabezas de perro, otro símbolo de la vigilancia y de la fidelidad: esto es lo que vemos en el mosaico de Santa María la Mayor (Ciamp. *Vet. mon.*, t. I, tab. II), y mejor aún en el sillón de la estatua de mármol, de San Hipólito, que se encuentra hoy día en el museo de Letrán, y del que puede verse un bello dibujo en la obra de M. Perret (*Catac.*, V, 1). San Agustín hace mención de este adorno (*Ad Diosc.*, ep. LVI). Baluze, en sus notas á los capitulares de Carlos el Calvo (t. II, 1276), habla de una pintura en la que este Príncipe está sentado en un trono adornado con dos perros en actitud de ladrar. Los dos brazos de la antigua cátedra episcopal de Santa María in Trastevere, están



sostenidos por dos grifos alados, con cabezas de león y cuernos de cabra, como se ve en esta figura. Los mosaicos de Roma, respecto á la mayor parte de los siglos V y VI, representan cátedras de madera ó de marfil, adornadas de tela, de cruces, de piedras preciosas, (Ciamp. *Vet. mon.*, I. tab. XLVII y II. tab. XLI); á veces están vacías, pero con más frecuencia ocupadas por Nuestro Señor ó la Santa Virgen. Nuestro Señor enseñando, en un fresco de las catacumbas (Bott., tav. LIV), está sentado en una cátedra cuyo dosel termina por dos alas de marquetería; y en otros, el dosel está coronado por dos cabezas humanas (ídem, LXXIV).

III. Los primeros cristianos profesaban una grande veneración á las cátedras de los antiguos obispos. Ordinariamente se sepultaba al obispo sentado en su cátedra, como sucedió con San Pedro (Phœbeu. *De cath. Petri. identit.*, pág. V); y algún tiempo después se sacaba este sillón de la tumba, y servía para la toma de posesión de los sucesores de estos obispos. Esta costumbre estuvo también en vigor en Francia, sobre todo en Reims, en Autum, en Metz, en Arras, donde antiguas cátedras episcopales se conservaban para el advenimiento de los obispos de esas diferentes Iglesias. Eusebio refiere que en su tiempo (*Hist. eccl.*, VII, 19-32) se daba culto á la cátedra de Santiago, primer obispo de Jerusalén; y Valois, en sus notas á este pasaje, añade, según las actas de San Marcos, que la cátedra de este Apóstol había sido conservada mucho tiempo en Alejandría. Sabemos que esa cátedra se conserva hoy en San Marcos de Venecia. De este pasaje de Tertuliano (*Præscript.*, XXXVI): *Percurre ecclesias apostolicas, apud quas ipsæ adhuc* CATHEDRÆ APOSTOLORUM *suis locis præsident*, «recorred las iglesias apostólicas, en las cuales las mismas cátedras de los Apóstoles presiden todavía desde su primitivo sitio», puede concluirse que las cátedras de todos los Apóstoles eran religiosamente conservadas en las Iglesias fundadas por ellos.

Un sentimiento de devoción muy legítimo inspiró á los fieles la idea de procurarse representaciones de estas cátedras, de la de San Pedro sobre todo, esculpidas en mármol, y de llevar consigo alhajas y amuletos donde estaban grabadas. Podemos citar una calcedonia que representa una de estas cátedras (*Accadem. di Cortona.* VII, 45), en cuyo dosel está escrita la palabra Ἰχθύς, por Ἰχθυς, indicación referente á la cátedra, que es el emblema de la enseñanza de la Iglesia y del divino pez, Jesucristo, que es el fundamento de ella.



CÁTEDRA DE SAN PEDRO (Fiesta de la).—Véase el artículo *Fiestas fijas*, II, 2.°

CECILIA (Santa).—La *gens Cæcilia*, familia senatorial romana, de la que procedía Santa Cecilia, poseía un hipogeo en la Vía Apia, enfrente del cementerio de Pretextato, abierto bajo el reinado de Adriano, á la izquierda de la misma vía. El hecho, mencionado ya en un pasaje de las Tusculanas de Ciceron (*Tuscul. quæst.*, I, 7), ha sido comprobado de una manera indudable á principios de este siglo, por el descubrimiento, encima del cementerio de Calixto, de columbarios y de sepulcros paganos pertenecientes á los Cæcilii. Á estos columbarios corresponden otras tumbas, cuyos epitafios confirman la profesión del Cristianismo en esta familia desde el siglo II: la lista de estos personajes empieza por L. Cecilio, Balbino, Vibullio, Pío, cuya tumba lleva la fecha del año 137. Quizá, como juiciosamente observa dom Gueranger (*Santa Cecilia*, edit. 1874, pág. 328), el establecimiento en este lugar de un nuevo hipogeo cristiano sea debido á la inciativa de la misma Santa Cecilia. Este hipogeo estaba separado del cementerio de Santa Lucina por la Vía Ardeatina; más tarde, galerías excavadas bajo la vía los pusieron en comunicación uno con otro. Hasta entonces, los Cæcilii cristianos tuvieron su sepultura en las criptas de Lucina, y una parte de la familia permaneció fiel á esta tradición.

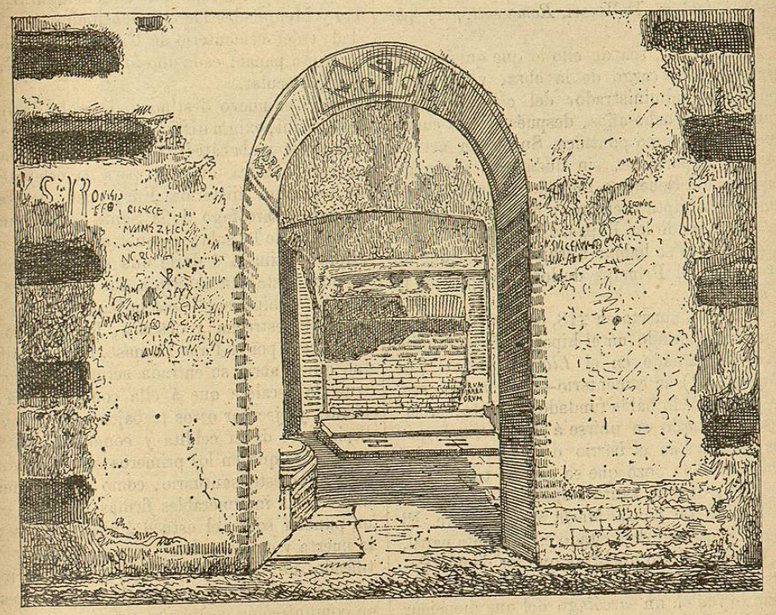
I. Primera sepultura de Santa Cecilia.—Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que en este hipogeo ceciliano fué sepultada la joven mártir; y esta sepultura le fué preparada por un obispo llamado Urbano. Este personaje, que según la opinión común, y más fundada, era el auxiliar ó el representante del Papa Eleuterio, tenía probablemente su residencia en un *pagus* de la región de la Vía Apia, donde los Cæcilii poseían una propiedad; de ahí las relaciones que se anudaron entre ellos, y el papel principal que Urbano desempeñó en las actas de Santa Cecilia. Sabemos que este Obispo fué sepultado, después de haber sufrido el martirio, en el cementerio de Pretextato, y una iglesia erigida bajo su título, sobre el emplazamiento de un templo pagano que todavía se conserva, no deja ninguna duda respecto á haber habitado en esta región. Por otra parte, no debe extrañarse que San Urbano haya servido de auxiliar al Papa Eleuterio, porque sin hablar de San Pedro, que ordenó á Lino, á Cleto y á Clemente, sin asignarles sillas particulares, está probado, por los sabios trabajos de Blanchini y de Papebroeck sobre la cronología de los Papas, que varios de ellos empezaron por ejercer las funciones de vicarios cerca de sus predecesores.

A consecuencia de las enmiendas y alteraciones hechas en las actas de Santa Cecilia desde el siglo VI, se había confundido á este obispo Urbano con el Papa del mismo nombre que ocupaba la silla pontifical en tiempos de Severo Alejandro, y que fué sepultado en la cripta pontifical, donde M. De'Rossi ha encontrado su nombre inscrito en la cubierta de un sarcófago: ΟΥΡΒΑΝΟϹ, *Episcopos*, mientras que el martirio de Cecilia tuvo lugar medio siglo antes, bajo Marco Aurelio y Cómodo probablemente. Había allí una grande dificultad cronológica, sobre la cual, Adon, el bolandista Sollier y nuestro Tillemont, habían hecho sucesivamente alguna luz, y cuya dificultad ha sido destruída plena y definitivamente por M. De'Rossi. Sin entrar de nuevo en una discusión crítica, de ningún interés para el lector, bástanos haber expuesto en dos palabras los resultados de las investigaciones de estos sabios. Reanudemos, pues, el curso de nuestro relato.

No hemos de referir aquí hechos conocidos de todos: el matrimonio de Cecilia, la revelación del voto de castidad á su esposo Valeriano, el bautismo de éste por el obispo Urbano en su asilo de la Vía Apia, su martirio, el de su hermano Tiburcio y el del oficial Máximo, convertido por haber presenciado su constancia en medio de los tormentos, y la inhumación de los tres mártires en el cementerio de Pretextato, por los cuidados de Cecilia.

Por último, toca su vez á la virgen. Almachius, prefecto de la ciudad, la hizo encerrar en el *caldarium* de los baños de su propio palacio, calentado á una temperatura tal, que debía necesariamente asfixiarla; pero después de un día y de una noche fué encontrada viva: sus mismos vestidos estaban intactos. El hacha, que era el último recurso de la tiranía, cayó tres veces sobre el cuello de la víctima sin conseguir cortarle la cabeza. Así vivió dos días y dos noches, bañada en su sangre, tendida sobre el pavimento de mármol, y no murió sino después de una última entrevista con Urbano, á quien ella esperaba para hacerle depositario de su testamento. «Padre, le dijo, he pedido al Señor un plazo de tres días, con objeto de recomendaros no sólo los pobres que yo mantenía, sino esta casa, que debe ser consagrada como iglesia para siempre.» Después de haber pronunciado estas palabras y recibido la última bendición del obispo, Cecilia volvió la cara hácia el sol, y dejando caer su brazo al lado derecho, entregó su alma virginal en manos de Dios. En la misma tarde, el cuerpo fué colocado en un ataud de madera de ciprés, con los vestidos bordados de oro que se había puesto para el sacrificio; se la conservó religiosamente en la actitud en que la muerte la sorprendiera, y se colocaron á sus pies los velos y los lienzos empapados en su sangre. Con ayuda de los diáconos, Urbano la transportó al hipogeo de su familia. Había en este lugar una sala fúnebre, en cuyo fondo se abría un arco ligeramente

cimbrado, dispuesto para recibir un sarcófago, y allí fué donde Urbano encerró en una urna de mármol el ataud de la mártir. Desde entonces las víctimas que causara la persecución de Marco Aurelio, vinieron sucesivamente á colocarse en galerías que se excavaban de prisa y que formaron un cementerio en cuyo centro estaba Cecilia, y que fué llamado siempre por los cristianos *ad Sanctam Ceciliam*. Este fué, sin duda, el primer núcleo del cementerio que, como veremos bien pronto, recibió el nombre de Calixto. He aquí, según M. De'Rossi (*Roma sott.*, t. II, tav. XXIX), un dibujo que, á pesar del estado ruinoso en que se encuentra hoy día el monumento, puede dar una idea tan exacta como es posible, de aquellos sitios. Más allá de la puerta cimbrada del hipogeo, la vista penetra hasta el fondo de la sala y alcanza la habitación á flor de tierra en donde se halla colocado el sarcófago, y que permanece hoy día abierto á consecuencia de la caída del tabique que allí se había levantado después de la traslación de la venerable tumba (véase este grabado).



II. Segunda sepultura.—El cuerpo de Santa Cecilia permaneció veinte años en la sepultura donde el obispo Urbano lo había depositado. Bajo el pontificado de Ceferino fué sacado de allí para ser trasladado á otra sala; esta piadosa operación fué confiada á un personaje, después muy célebre, Calixto, que á su vuelta de Cerdeña, donde había estado desterrado y trabajando en las minas con otros muchos cristianos, fué elegido por este Pontífice para desempeñar las importantes funciones de arcediano, y con este título encargado de la dirección del *cementerio*. He ahí su retrato, según antiguo vaso de fondo de oro. Este cementerio no era otro que el principal hipogeo de la Vía Apia, y la libertad con que el Papa tomó entonces posesión de él, permite suponer que la *gens Cæcilia* lo había cedido á la Iglesia romana. En un libro contemporáneo y recientemente encontrado, que se titula *Philosophumena* (Oxon, 1851, edit. Cruice, París, 1860, lib. IX)', es donde lo vemos por primera vez llamado por antonomasia el *cementerio*, siendo esta la causa: se sabe que cuando, en

260, Galieno restituyó al Papa Dionisio los cementerios secuestrados por su padre Valeriano, este Pontífice los distribuyó entre los veinticinco títulos ó parroquias de Roma, y